

LA CONSTRUCCIÓN DE MÉXICO EN EL IMAGINARIO ESPAÑOL DECIMONÓNICO (1834-1874)*

POR

TOMÁS PÉREZ VEJO

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Análisis de las imágenes sobre México en las revistas ilustradas españolas entre 1834 y 1874. Después de una reflexión teórica sobre las posibilidades del uso de las revistas ilustradas decimonónicas en la reconstrucción de los imaginarios colectivos, se utilizan métodos estadísticos e iconológicos para reconstruir los rasgos más característicos del imaginario español sobre México, la forma en que fue construido y el significado que tuvo para la época.

PALABRAS CLAVES: *Historia, siglo XIX, México, España, imaginarios, prensa, imperialismo.*

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

Revistas con imágenes (entre paréntesis años consultados, salvo que se indique lo contrario el lugar de edición es Madrid): *La Abeja*, Barcelona, (1862-1870); *La Academia* (1849); *Album Pintoresco Universal* (1841-1843); *El Arpa del Creyente* (1842); *El Artista* (1835-1836); *El Globo Ilustrado* (1866-1868); *La Ilustración* (1849-1867); *La Ilustración Barcelonesa*, Barcelona, (1858); *La Ilustración Española y Americana* (1869-1874); *La Ilustración de Madrid* (1870-1872); *El Labe-rinto* (1843-1845); *El Mundo Militar* (1859-1865); *El Mundo Pintoresco* (1858-1860); *El Museo Universal* (1857-1869); *Museo de las Familias o Revista Universal* (1838-1841); *Observatorio Pintoresco* (1837); *El Panorama* (1838-1841); *El Periódico Ilustrado* (1865-1866); *El Renacimiento* (1847); *El Reflejo* (1843); *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857); *El Siglo XIX* (1837-1838); *El Siglo Pintoresco* (1845-1847).

* Algunos de los argumentos de este artículo, principalmente los referidos a la fundamentación teórica del mismo, han sido ya expuestos en Tomás PÉREZ VEJO, «El Caribe en el imaginario español: del fin del Antiguo Régimen a la Restauración», *Secuencia*, núm. 55, México DF, 2003, pp. 11-43. Tanto este artículo como el que aquí se presenta forman parte de un proyecto de investigación sobre imaginarios españoles y mexicanos en proceso de realización.

1. IMÁGENES E IMAGINARIOS: LAS REVISTAS ILUSTRADAS Y EL DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO.

Las clases medias europeas no tuvieron imágenes precisas del resto del planeta hasta ya entrado el siglo XIX, cuando las revistas ilustradas comenzaron a difundir, en gran número, grabados y litografías representando la naturaleza, las ciudades, las costumbres, los tipos humanos, etc. de territorios de los que hasta ese momento apenas había habido imágenes gráficas. La producción y difusión de imágenes de mundos lejanos y exóticos tenía, es cierto, una larga tradición en Occidente, desde los códices miniados medievales a los libros de estampas, y había conocido un fuerte auge a partir de los descubrimientos del siglo XVI. Sin embargo, en el siglo XIX, factores como la voluntad de veracidad o la mayor difusión de las reproducciones modificaron radicalmente el sentido de estas representaciones y su importancia político-cultural.

La voluntad de veracidad es clara en unas imágenes que se ofrecen como copia de la realidad y que, de manera frecuente, afirman que el grabado o la litografía están hechos a partir de fotografías o apuntes tomados del natural. Los últimos restos de un lenguaje icónico de tipo alegórico fueron desplazados por otro de carácter «realista», cuyo objetivo era la representación del mundo tal como es visto por el ojo humano¹.

Sobre la mayor difusión, sólo recordar que el siglo XIX marca la irrupción de las clases medias en la vida pública, un fenómeno de amplias y variadas repercusiones históricas que, para lo que aquí nos interesa, sacó el consumo de ilustraciones de los pequeños círculos de eruditos, laicos o religiosos, en que hasta ese momento había estado confinado y lo hizo accesible a públicos más amplios.

Todo el proceso podría resumirse en que la revista ilustrada substituyó al libro de estampas como vehículo principal de difusión de imágenes, multiplicó su producción y consumo y modificó radicalmente la forma en que éstas fueron vistas. Nació así un nuevo público y una nueva manera de leer grabados y litografías.

La suma de todos estos cambios permite afirmar que el descubrimiento real del mundo por los europeos, en el sentido de tener una imagen ordenada y coherente del mismo, no tuvo lugar hasta bien entrado el siglo XIX. No por casualidad fue también esta centuria la de los viajeros románticos, la del imperialismo y la del orientalismo. Fenómenos todos ellos directamente interrelacionados y sin los que difícilmente se entiende la Europa de la época. El descubrimiento del mundo tiene, sin embargo, un fuerte componente de invención. Es preciso sustituir la idea, de claras resonancias positivistas, de un mundo que está ahí, como

¹ Las distintas maneras de ver y de representar a lo largo de la historia nos llevaría al problema del significado exacto del concepto de mimesis en cada época, un debate que se sale completamente del objetivo de este artículo. Para un buen resumen de éste, Valeriano BOZAL, *Mimesis: las imágenes y las cosas*, Madrid, Visor distribuciones, 1987.

realidad tangible, a la espera de ser descubierto, por la de un proceso mediante el cual el mundo es imaginado, en sentido estricto «dotado de imágenes», hasta convertirse en real. Las revistas ilustradas del XIX tuvieron un importante papel en esta «invención» del mundo pues fueron las principales responsables de la creación y difusión de las representaciones con las que se construyeron los imaginarios colectivos de la época.

Las representaciones no son neutras, determinan una forma de ver y de imaginar que, en el caso de las ilustraciones decimonónicas, fue el fundamento último de la imagen que los europeos se hicieron de los territorios ultramarinos y de las relaciones que creyeron se debían de tener con los pueblos que los habitaban. Mediante grabados y litografías, las élites europeas del siglo XIX crearon y difundieron una visión del mundo, que permitía identificar y reconocer intereses nacionales de ámbito planetario, algo que nunca antes había ocurrido. Sin duda tiene razón Roger Brubaker cuando afirma, en otro contexto, que «la identificación y constitución de los intereses [...] es un proceso complejo que no puede reducirse a la manipulación de la élite»², pero no parece demasiado arriesgado afirmar que la *identificación* y *reconocimiento* de intereses nacionales por la prensa ilustrada estaban claramente mediatizados por las élites de cada país. Los grabados y litografías difundidos por las revistas representaban una visión y división del mundo, a grandes rasgos la de la de los grupos hegemónicos, que sirvió para justificar, explicar y legitimar las políticas exteriores que los gobiernos de esos países estaban llevando a cabo. Las imágenes de la prensa ilustrada, en general una preciosa guía para la reconstrucción de los imaginarios colectivos de los grupos alfabetizados decimonónicos, se convierten así en prácticamente imprescindibles para la reconstrucción y explicación del proceso de «descubrimiento-invención» del mundo llevado a cabo por los europeos durante el siglo XIX. También, en prácticamente imprescindibles para la reconstrucción de los imaginarios colectivos que alentaron y justificaron fenómenos tan importantes históricamente como el agresivo imperialismo de la época. Se olvida, con frecuencia, que un imaginario, a diferencia de un discurso o una ideología, es una sucesión de imágenes mentales en cuya construcción y plasmación las imágenes visuales ocupan un lugar determinante. Las imágenes producidas y consumidas por una época permiten reconstruir, no sólo el imaginario de un grupo humano determinado, sino la forma en que fue construido y convertido en hegemónico.

A continuación, y a partir de las imágenes de la prensa ilustrada española entre 1834 y 1875, se reconstruye el imaginario español sobre México en esos años, sus rasgos más característicos y las grandes líneas de su evolución. Fue ésta una época decisiva en la configuración de la nación española como «comunidad ima-

² Roger BRUBAKER, «Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo», John HALL (ed.), *Estado y nación. Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*, Madrid, Cambridge University Press, 2000, p. 381.

ginada»³ y, por lo tanto, también en la de un imaginario colectivo sobre lo que habían sido antiguos territorios de la Corona Española en América. Territorios que comienzan a verse como algo distinto a España pero menos distintos que otros. Estamos asistiendo al nacimiento de una cierta idea de comunidad histórico-cultural, que recorrerá como un fantasma la vida pública española durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, si es que no hasta nuestros días.

2. IMAGINARIOS IMPERIALES E IMPERIALISMO

La construcción en el siglo XIX de un imaginario español sobre el mundo estuvo determinada por la importancia que el imperialismo tuvo en la Europa de la época, no sólo como realidad sino también como ideología. Para entender el imaginario español decimonónico sobre México es necesario, por lo tanto, y aunque sea de forma muy sucinta, hacer una breve referencia a lo que el imperialismo significó en el imaginario colectivo de los países occidentales durante buena parte del siglo XIX.

El imperialismo, considerado desde una perspectiva cognoscitiva, no es un problema económico, es un modo de entender el mundo. Una ideología que, parafraseando a Pierre Bourdieu, posee una manera propia de explicar y contar lo social. Las interpretaciones economicistas del imperialismo, al ignorar este aspecto cognoscitivo, dejan importantes, cuando no decisivas, cuestiones por responder. En su desarrollo hubo otras muchas causas, además de las económicas, desde los intereses del propio Estado —cuyas necesidades (prestigio, soldados, nuevos impuestos, crecimiento burocrático, etc.) no tienen por qué coincidir con los de la suma de los ciudadanos—, hasta una respuesta psicológica a las necesidades de afirmación nacional. Pero sobre todo, y al margen de las causas, el desarrollo del imperialismo sólo fue posible a partir del momento en que se construyó una imagen del mundo capaz de, por un lado, legitimar las políticas estatales; y, por otro, convertir en interés nacional lo que en origen eran únicamente los intereses de determinados grupos políticos, intelectuales y económicos. Esto significa convertir al imperialismo en una forma de ver el mundo, en el fundamento de una estructura cognoscitiva capaz de determinar la manera en la que la realidad es percibida, en definitiva en un imaginario.

Este enfoque permitiría explicar imperialismos cuya falta de racionalidad económica resulta obvia. Ya a principios de la década de los sesenta Hayes⁴ se interrogaba sobre las dificultades para descubrir excedentes de capital y de producción en Rusia e Italia durante el periodo 1874-1914. Lo mismo, para lo que

³ Para el concepto de comunidad imaginada en el sentido que aquí se está utilizando, véase Benedict ANDERSON, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of nationalism*, Nueva York, Verso, 1983.

⁴ Carlton HAYES, *Nationalism: A Religion*, Nueva York, MacMillan, 1960.

aquí nos interesa, e incluso con más motivos, cabría preguntarse respecto al epigónico «imperialismo» decimonónico español, con una estructura económica en la que hablar de excedentes de capital y producción parece un mal chiste. En ninguno de los tres casos, y desde luego sin ninguna duda en el español, había intereses económicos nacionales que justificasen su imperialismo pero sí imaginarios colectivos que alimentaban la necesidad de políticas imperialistas. Permitiría, también, explicar el interés de los aparatos burocráticos estatales por crear y controlar un imaginario imperialista que, en muchos casos, no sólo satisfacía el narcisismo colectivo sino que servía también para afianzar el sentimiento identitario nacional. El imperialismo fue también, con mucha frecuencia, una forma de legitimación política, tanto para los gobiernos como para los Estados.

Este último aspecto es muy claro en el caso español. Se puede afirmar que las campañas coloniales emprendidas por el gobierno de la Unión Liberal en los inicios de la segunda mitad del siglo XIX, fundamentales en la configuración de un imaginario imperialista en España, estuvieron determinadas en gran parte por la necesidades de legitimación del nuevo Estado liberal. En un Estado, ya no de Antiguo Régimen pero de legitimidad democrática complicada, la opción fue el recurso a un discurso historicista en la que el nuevo poder político se presentaba a sí mismo como el depositario de la historia de la nación. Puesto que uno de los rasgos determinantes y esenciales del ser español, tal como éste se perfilaba en la historiografía del momento, era su carácter imperial, ¿qué mejor forma de demostrar la fidelidad al alma eterna de la nación que retomar la ya olvidada senda de la expansión territorial? Olvido del que además, por supuesto, aparecía como principal responsable el absolutismo monárquico, que mostraba así, no sólo su carácter abyecto, sino también que era ilegítimo y extraño al ser auténtico de la nación. Las campañas coloniales de la etapa 1856-1868 (Cochinchina, Marruecos, México, Santo Domingo y el Pacífico) son, en gran parte, como se verá más adelante, el resultado de la imagen que de España y de su pasado histórico había construido la historiografía liberal, una especie de tributo a la historia⁵, además de una prueba del renacimiento de la nación. Este último aspecto queda perfectamente ejemplificado en lo escrito por una revista de la época a propósito de la expedición militar a México:

Y no poco contribuye a la atención que presta todo el mundo a la actual expedición contra Méjico, el recuerdo de ese mismo espíritu belicoso [se acaba de hacer referencia al espíritu belicoso que permitió a Cortés conquistar México] de nuestros antepasados [...]. Porque no se esperaba que la España, este país tan combatido en su renacimiento, no sólo alcanzara en África inmarcescibles

⁵ Esta hipoteca de la nación a su pasado imperial pervivirá en España a lo largo de todo el siglo XIX, y posiblemente una buena parte del XX. Hechos como la crisis del 98 y su obsesiva fijación con el «problema de España» adquieren nuevos matices analizados a la luz de esta idea. La pérdida de los últimos territorios de ultramar era, para una nación construida sobre el arquetipo histórico de una nación imperial, mucho más que la simple pérdida de un mercado colonial. Era la puesta en cuestión del propio ser de España, de la misma existencia de la nación española.

laureles sino que estuviere dispuesto, por reconocerse fuerte, a demandar satisfacción a cualquiera que osara burlarse de sus banderas [...].De nuevo flotan hoy al viento en las playas mejicanas las banderas españolas, y si bien no con afán de conquista, serán al menos respetadas, demostrando que la España es una nación digna, fuerte y poderosa⁶.

La prensa ilustrada española contribuyó a esta configuración de necesidades imperialistas construyendo una imagen interesada de aquellos territorios en los que la acción imperial de España debía «necesariamente» ejercerse, fuese por motivos históricos, culturales, geográficos o de cualquier otra índole. En general este imaginario imperial se limitó al norte de África, Filipinas y el Caribe, pero con la pervivencia de una vaporosa y nostálgica imagen de un imperio espiritual en los que habían sido territorios de la antigua Corona Española. Estaríamos, desde esta última perspectiva, ante un imperialismo de sustitución, más el sueño de un imperio que un proyecto imperial en sentido estricto, capaz, sin embargo, de alimentar el narcisismo colectivo presente en todo el imperialismo decimonónico. Ante la imposibilidad de construir un imperio colonial equiparable a los de Francia o Inglaterra, las únicas naciones imperiales con las que las élites españolas decimonónicas aceptaban compararse, la existencia de una especie de imperio espiritual que recordase antiguas glorias resultaba especialmente oportuna.

Un análisis de las imágenes de México en la prensa ilustrada española arroja, desde esta perspectiva, mucha luz sobre las ambiciones de los gobiernos españoles en la zona pero también sobre las complejas relaciones del imaginario español con lo que habían sido antiguos territorios de la Corona en América, así como sobre su propia configuración como nación. Durante buena parte del siglo XIX, México va a representar, todavía, la fantasmagoría de un espacio geográfico, la antigua Nueva España, que en días no lejanos había sido el corazón del imperio español en América.

3. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

Antes de entrar en este análisis son precisas dos consideraciones previas. La primera, obvia pero frecuentemente olvidada, es que los grabados de las revistas decimonónicas fueron los primeros en hacer llegar imágenes «reales» de los territorios americanos de manera generalizada a los españoles. Por sorprendente que pueda resultarnos, siglos de vida política común no habían ido acompañados de imágenes compartidas. Para la mayoría de los españoles peninsulares América fue durante siglos un concepto abstracto, un mundo sin imágenes o, para un grupo muy reducido, que tenía acceso a los libros de estampas, una vaga alegoría de matronas clásicas con plumas en la cabeza. Las revistas ilustradas fueron las pri-

⁶ Florencio JARNER, «Méjico y su territorio», *El Museo Universal*, Madrid, 1862, p. 110.

meras en generalizar las representaciones de América con voluntad de realidad, desnudas de ropajes alegóricos. Es posible que la primera imagen que tuvo una cierta difusión «popular» de México en España fuese un grabado aparecido ya casi a mediados de siglo, 1845, en *El Laberinto*, que representa una vista de la plaza de Armas de la Ciudad de México, actual Zócalo⁷.

La segunda tiene que ver con el periodo elegido para este estudio, 1834-1874. Por motivos de extensión se ha acotado un espacio cronológico reducido, cuarenta años, pero relevante para una investigación sobre imaginarios. Se pospone el inicio de siglo a 1834, tanto por la casi total ausencia de revistas ilustradas en las tres primeras décadas del siglo XIX, como porque hasta la muerte de Fernando VII y el fin real del Antiguo Régimen en España no es posible hablar, en sentido estricto, de nación española y menos de imaginario nacional. Hay que esperar a la muerte de Fernando VII, en 1833, para que un estudio de estas características pueda tener algún sentido. Obviamente, la ausencia de revistas ilustradas en fechas anteriores a la muerte de este monarca no es en absoluto casual.

El límite cronológico superior se sitúa en 1874, con la vuelta de los Borbones, tras un corto interregno, al trono de España. También por un doble motivo, por un lado, el periodo conocido en la historiografía española bajo el nombre de Restauración tiene suficiente entidad ideológica para merecer un estudio independiente, además de por el altísimo número de imágenes que este periodo produjo, una especie de época dorada de las revistas ilustradas⁸; por otro, porque durante la Restauración se producen dos hechos que afectarán de forma decisiva al imaginario español sobre México, rompiendo, en parte, la continuidad anterior. El primero, cronológicamente, la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América, que generó todo un *revival* de ese imperialismo nostálgico al que ya se ha hecho referencia y que, por supuesto, afectó también al imaginario español sobre México. El segundo, la derrota de 1898 frente a Estados Unidos y, como consecuencia, la pérdida de Cuba y Puerto Rico, después de 400 años de permanencia ininterrumpida España dejaba de estar presente en América. Un hecho que modificó la percepción de los españoles sobre la América española y, obviamente, también sobre México.

A los motivos anteriores habría que añadir que el claro fracaso de las campañas militares de la Unión Liberal⁹ tuvo como consecuencia, a partir de 1874, un

⁷ *El Laberinto*, Madrid, 1845, p. 108.

⁸ *La Ilustración Española y Americana, Crónica Universal Ilustrada, La Ilustración Católica, La Academia, El Mundo Ilustrado, La Ilustración Catala, Revista Ilustrada, La Ilustración Artística, La Ilustración Ibérica, La Ilustración. Revista Hispano-Americana, La Ilustración de España, La Hormiga de Oro, Blanco y Negro, La Ilustración Moderna, La Velada, Pluma y Lápiz, La Gran Vía...*

⁹ Resulta difícil no estar de acuerdo con la afirmación de José María Jover Zamora de que «La historia de las expediciones militares es, en un balance objetivo y realista, una historia triste y estéril». Ver José María JOVER ZAMORA, «La era isabelina y el Sexenio democrático (1834-1874)», *Historia de España de Menéndez Pidal*, t. XXXIV, Madrid, Espasa-Calpe, 1965, p. XCII.

especie de repliegue del país sobre sí mismo y de reconsideración sobre su lugar en el mundo, de ordenación de las representaciones que la sociedad española se había hecho de sí misma. La afirmación castelariana, de 1860, sobre una España que por tener «hoy en Asia las llaves del archipiélago filipino, sobre el mar de las Antillas a Cuba y Puerto Rico; en las costas de África a Ceuta, Melilla, el Peñón y Tetuán» se convertiría «pronto en una de las principales potencias militares y mercantiles de Europa»¹⁰, resultaba, sólo catorce años más tarde, ya patética y delirante. Los sueños imperiales habían tenido un amargo despertar y los viejos imaginarios tuvieron que sufrir el necesario reacomodo.

En general, se podría afirmar que en el periodo que va de 1834 a 1874 se trazaron las grandes líneas de lo que va a ser el imaginario español sobre los antiguos territorios «españoles» en América; el momento en el que las antiguas Indias se convierten en América, Iberoamérica, Hispanoamérica o Latinoamérica, una proliferación de nombres que muestra la complejidad del proceso de esta construcción imaginaria. En el caso concreto que aquí estamos analizando fue en estos años cuando se construyó y difundió la nueva imagen de unos territorios que dejaron de ser la Nueva España para convertirse en México o Méjico, y aquí la divergencia ortográfica tampoco es tan baladí como pudiera parecer. Es el momento seminal que va a condicionar muchas de las visiones posteriores.

El proceso de construcción de un imaginario nacional pasó en España, en las cuatro décadas aquí estudiadas, por diferentes fases y, por lo tanto, también el proceso de construcción de una imagen de España en el mundo y de sus intereses en él. Para los objetivos de este estudio se delimitan tres periodos que ofrecen una cierta homogeneidad, en cuanto a los supuestos ideológicos sustentados por los grupos en ese momento en el poder, y que están definidos por los cambios políticos habidos en la época.

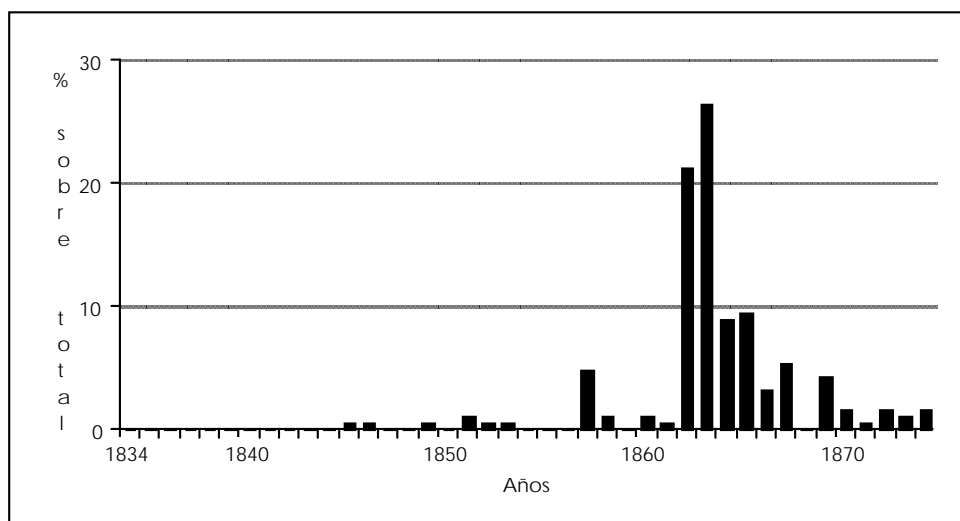
El primero abarcaría desde la muerte de Fernando VII, 1833, hasta el triunfo de la revolución de julio, en 1854. La revolución de julio de 1854 es una especie de hito en la evolución del Estado decimonónico español, marca la consolidación del Estado liberal y abre, desde la perspectiva de este trabajo, un segundo periodo, el que va de 1855 a 1867, que será decisivo en la configuración de una identidad nacional española y, por lo tanto, de un imaginario capaz de disponer de un modo propio de ver y dividir el mundo. El tercero, iniciado también por una revolución, la de 1868, conocida como «la Gloriosa», va de 1868 a 1874 y está marcado por la crisis económica y política. Es, a todos los efectos, una época de transición entre el periodo anterior y la Restauración.

En una aproximación general, lo que más llama la atención (véase gráfico 1) es lo lentamente que las ilustraciones sobre México aparecen en las revistas ilustradas españolas. Hasta ya entrada la segunda mitad del siglo, década de los 60, la presencia de México es realmente escasa. Sólo a partir del momento en que la

¹⁰ *Las Novedades*, 8/II/1860.

Unión Liberal llega al poder y pone en marcha una activa política de expansionismo internacional, comienza una relativa explosión de imágenes sobre México, que llega al máximo en torno a 1863. Se inicia después un rápido declive, con un mínimo en vísperas de la revolución de 1868, y, a partir de esta última fecha, una lenta recuperación, con altibajos, que no permitirá volver a alcanzar las cifras de principios de la década de los 60 hasta vísperas de las conmemoraciones de 1892, ya fuera del límite de este estudio. El gráfico nos está mostrando lo que podría considerarse, a grandes rasgos, como la evolución de la curva de interés de las élites españolas por México entre 1834 y 1874, caracterizada por su carácter tardío, último tercio del siglo XIX, y por su concentración en unos pocos años de la década de los sesenta.

GRÁFICO 1
EVOLUCIÓN DE LAS IMÁGENES DEL MÉXICO EN
LA PRENSA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX.



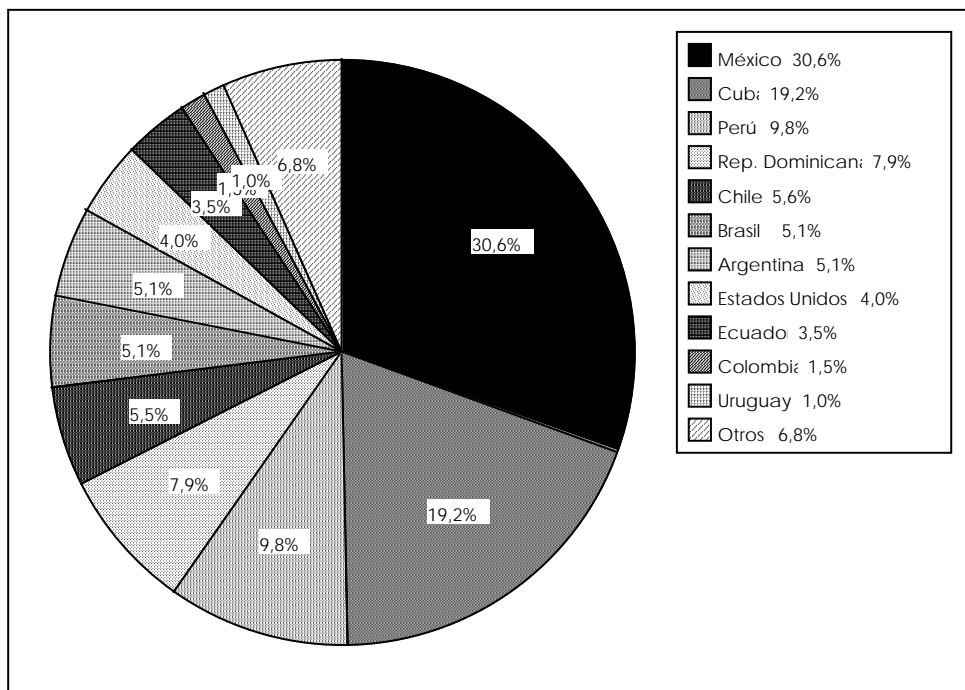
NOTA: Las barras indican cifras anuales en % del total de imágenes relativas a México de 1834 a 1874.

La importancia de México en el imaginario español quedaría, sin embargo, incompleta si no se tiene en cuenta que la presencia de este país en las imágenes de la prensa ilustrada española, aunque tardía, es muy superior a la de cualquiera de los otros de ámbito americano (véase gráfico 2). Muy por encima, por ejemplo, de Cuba, en esos momentos todavía territorio español; Perú, sobre el que la campaña

del Pacífico, con el bombardeo del puerto del Callao, había producido una auténtica avalancha de imágenes; República Dominicana, el Santo Domingo de la época, cuya efímera reincorporación a España fue seguida con gran atención por la prensa del momento; Chile, también implicado en la campaña del Pacífico, etc.

Un mapa mental, construido a partir de los datos anteriores, nos daría una imagen completamente deformada de América, en la que México¹¹ tendría un tamaño muy superior al que le corresponde por su extensión real. Muy por encima, por ejemplo, de Brasil, Argentina o, de forma muy notoria, Estados Unidos¹². México se configura, con toda nitidez, como el centro del imaginario español sobre América.

GRÁFICO 2
IMÁGENES DE PAÍSES AMERICANOS EN LA PRENSA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX



NOTA: Las cifras indican porcentajes del total de imágenes relativas a América entre 1834 y 1874.

¹¹ En el mismo caso que México estarían también Cuba y Santo Domingo, aunque por motivos distintos. Sobre estos dos países véase PÉREZ VEJO, [1].

¹² El caso de Estados Unidos, junto con el de Canadá, resulta especialmente significativo. Muestra, con una gran claridad, hasta que punto la mirada española sobre América estaba mediada por la nostalgia imperial.

4. EL NACIMIENTO DE MÉXICO EN EL IMAGINARIO ESPAÑOL

El periodo que va de la muerte de Fernando VII, en 1833, a la revolución de julio de 1854 está caracterizado en España por una lenta pero paulatina separación de los presupuestos ideológicos del Antiguo Régimen. La muerte de Fernando VII no significó un cambio inmediato. Las penurias económicas y los acuciantes problemas bélicos planteados por los partidarios de don Carlos no eran las condiciones más apropiadas para que las élites españolas mostraran grandes preocupaciones por el mundo exterior, menos por el lejano México. Pero comienzan ya a aparecer las primeras revistas ilustradas, algunas, como el *Semanario Pintoresco Español*, con bastante éxito, y con ellas las primeras imágenes que permiten un acercamiento a lo que va a ser el imaginario español posterior.

Las imágenes sobre México son, en este primer momento, muy escasas, como ya se ha dicho (véase gráfico 1). Hay en la mirada española de la época como una especie de ensimismamiento sobre el propio país o, en todo caso, sobre Europa, que hace olvidar casi por completo los recién perdidos territorios americanos. Resulta, sin embargo, significativo tanto la mayor atención comparativa hacia México como el que este país aparezca ya con una imagen bastante precisa y definida. México es, en las imágenes de las revistas ilustradas de este periodo, historia y arte, colonial por supuesto¹³:

Acaso de cuantas poblaciones encierra hoy la extensa América, no hay sino una que pueda algún tanto enorgullecerse con edificios bellos y contruidos en gloria del arte: la ciudad a que aludimos es Méjico¹⁴.

Es, en resumen, la nación unida indisolublemente a España por su pasado, tal como recuerdan tanto las imágenes de episodios de la Conquista («Los embajadores mexicanos se presentan a Hernán Cortés»¹⁵), como las de las ciudades coloniales españolas en México («Vista de México»¹⁶). Estamos más frente a una reivindicación del pasado imperial español que una representación de México. Esta reivindicación de un pasado imperial por las élites políticas españolas del siglo XIX es un aspecto que merecería mucho más espacio del que aquí se le puede dedicar. Sólo cabe decir que es un elemento central en la construcción de una identidad nacional española y que, como toda «invención»¹⁷ nacional, es

¹³ Resulta revelador comprobar como, frente a la proliferación de imágenes de edificios coloniales, las ruinas prehispánicas son prácticamente invisibles.

¹⁴ Emilio BRAVO, «Isla de Cuba», *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, 1850, p. 105.

¹⁵ *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, 1846, p. 320.

¹⁶ *Ibidem*, 1851, p. 112.

¹⁷ Sobre la nación como «invención» de la modernidad véanse, entre otros, ANDERSON, [3]; John, BREUILLY, *Nationalism and the State* Manchester, Manchester University Press, 1993; Ernest GELLNER, *Nations and Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983; y Tomás PÉREZ VEJO, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Nobel, 1999. Para una postura contraria a esta

completamente arbitraria. Nada obligaba a los españolas del siglo XIX a imaginarse a sí mismos como herederos espirituales y físicos de los conquistadores del XVI, ni siquiera de la propia Monarquía Católica; en todo caso no lo eran más que sus coetáneos mexicanas. Aun dentro de la arbitrariedad que toda genealogía histórica supone, no parece demasiado arriesgado afirmar que las élites mexicanas del siglo XIX eran, como mínimo, tan «herederas» de los conquistadores como las españolas. Lo que subyace en esta elección española es una preferencia por una determinada identidad histórica de tipo imperial. Cabría preguntarse, incluso, hasta que punto, tal como afirma Fernando Palacios, «la conciencia nacional española se gesta, en gran medida a partir de una lectura simbólica de la expansión colonial gracias a la cual, a la falta de intereses reales del Estado o de la sociedad civil, los sectores dominantes intentarán legitimar su disfrute del poder en ausencia de procedimientos de legitimación democráticos»¹⁸.

La reivindicación de un pasado imperial por parte de un Estado, el decimonónico español, que poco o nada tenía que ver con la vieja Monarquía, fue tanto una muestra de la impotencia, o falta de voluntad, para ofrecer a la sociedad la consecución de otros fines más inmediatos y reales, como el resultado inevitable de un proceso de nacionalización del imaginario que había utilizado, desde sus primeros balbuceos, el carácter imperial de la nación española como rasgo definitorio, como marca y símbolo de identidad. España era, se imaginaba a sí misma, como una nación imperial. En este sentido, la construcción-invencción de México en el imaginario español está indisolublemente unida a la coetánea construcción-invencción de España. Son dos procesos paralelos e interrelacionados.

5. LA ÉPOCA DE LOS SUEÑOS IMPERIALES

El periodo que va de la revolución de 1854 a la de 1868 es clave en la configuración de la España moderna. Jover considera estos años «los tres lustros decisivos» en el desarrollo del nacionalismo español¹⁹. La nueva burguesía, la que accede al poder con la revolución de julio, en su intento de monopolizar el Estado, y ante su incapacidad para reivindicar la existencia de una nación política fundada en la voluntad de los ciudadanos, va a sentir la necesidad de una legitimación historicista, que la hiciese aparecer como la auténtica y legítima heredera de la historia de España. Esto va a tener una gran importancia en la mirada espa-

idea véase Adrian HASTINGS, *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*, Madrid, Cambridge University Press, 2000.

¹⁸ Fernando PALACIOS, «Estado y colonialismo en la España contemporánea», Francisco VALIDO, Agapito MAESTRE y Domingo FERNÁNDEZ AGIS (Eds.), *El proceso de unidad europea y el resurgir de los nacionalismos*, Madrid, Euroiceo, 1993, p. 97.

¹⁹ «el clima social de este nacionalismo habría de ser indagado en una historia social de la literatura y el arte que centre su investigación sobre los tres lustros decisivos de 1854 a 1868» (JOVER ZAMORA [9], p. LXXXIII).

ñola sobre América. Una legitimidad historicista necesitaba una historiografía que interpretase el pasado de la nación en clave liberal-estatal, tarea a la que esta generación va a dedicar, con bastante éxito, lo mejor de sus esfuerzos²⁰. España se configuraba en el imaginario colectivo como una entidad ahistórica, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, y en la que el nuevo Estado se convertía en heredero de la monarquía de los Reyes Católicos, cuando no de la de los Visigodos o de la de Pelayo, y, para lo que aquí nos interesa, del antiguo poder imperial de los monarcas «españoles».

Es un periodo marcado por el desarrollo económico (ferrocarriles) y un acelerado proceso de «nacionalización» de la vida política, que tendrá su expresión más clara en las campañas en el exterior (África, Indochina, México y Pacífico). Estas expediciones militares sirvieron para plasmar el renovado orgullo nacional y para corroborar que la interpretación que se estaba haciendo de la historia de la nación, estatalista y expansionista, era legítima. El nuevo Estado retomaba el camino de la expansión imperial, esencia misma de la nación española según la historiografía del momento, mostrando, frente al pusilánime Estado absolutista anterior, que era el heredero legítimo de la auténtica España²¹. Hay que considerar, también, que, desde una perspectiva ideológica más amplia, de ámbito europeo, el sentimiento nacional se fue asentando progresivamente a medida que avanzaba el siglo en el imperialismo, en la idea de que el criterio último para valorar una nación era su capacidad o incapacidad para levantar un imperio ultramarino. Éste era el límite entre civilización y barbarie, entre razas superiores e inferiores. Se produjo así una especie de identificación nacionalismo-imperialismo. Eric Hobsbawm ha propuesto, incluso, una interpretación de los nacionalismos europeos en la que distingue claramente dos fases, una articulada en torno a la revolución liberal, primera mitad

²⁰ Es en estos años cuando ven la luz los treinta volúmenes de la *Historia de España* de La fuente, publicada entre 1850 y 1867, obra básica para una comprensión cabal del discurso historicista del nacionalismo español. También *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente* de ORTIZ DE LA VEGA, publicados entre 1857 y 1859; *Historia General de España* de Aldama y García González, aunque no culminada hasta 1886 comenzada a publicar en 1860; *Historia crítica de la Literatura española* de José Amador DE LOS RÍOS, entre 1861 y 1865; *Historia General de España* de GEBHARDT, entre 1861 y 1867;...

²¹ Álvarez Junco cita una serie de textos periodísticos en los inicios de las campañas africanas de finales de la década de los 50 que muestran de manera muy nítida esta correlación imperialismo-nacionalismo en la España del momento, por ejemplo, «Renunciar a nuestra misión en la opuesta costa del Estrecho hubiera sido [...] demostrar en hora menguada al mundo que la nación del Dos de Mayo, de Talavera, Zaragoza, Arapiles [...] le era indiferente convertirse en una prefectura francesa [...] Debemos agradecer a los bárbaros del Rif la ocasión que con sus insultos y atropellos nos han proporcionado de probar una vez más al mundo que lo que éste juzgaba, la muerte de España, no era sino un letargo, si lamentable, accidental y pasajero». Citas parecidas se pueden encontrar a propósito de las campañas de México y el Pacífico, ésta última dejaría para la posteridad la conocida frase del almirante Méndez Núñez de «más vale honra sin barcos que barcos sin honra». Una especie de manifiesto del nacionalismo español. Para las citas de Álvarez Junco véase José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

de siglo, y otra en torno a la expansión imperial de los Estados, segunda mitad de siglo²². Todos estos factores —las disponibilidades financieras del Estado, el acusado nacionalismo del que éste hace gala y las nuevas coordenadas ideológicas nacional-imperialistas— impulsarán el desarrollo de un imaginario exterior capaz de justificar los *intereses* imperiales de España en diferentes áreas geográficas, entre ellas América. Una de las peculiaridades más llamativas de este «imperialismo» español es su marcado historicismo que lo convierte casi en una especie de tributo a la historia, el triunfo de los derechos de los muertos sobre los de los vivos característico de todo nacionalismo exencialista. España tiene que ser una nación imperial porque su historia así lo exige y sus intereses imperiales están definidos y determinados por un pasado del que no puede abdicar sin dejar de ser ella misma. Así, por ejemplo, *El Mundo Pintoresco* saluda el inicio de la campaña africana en 1859 con una portada en la que puede verse a un soldado español enarbolando una bandera en la que se lee «¡SUS! ¡SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA! SIETE SIGLOS DE HORRORES NOS CONTEMPLAN ¡AL ÁFRICA! NIETOS DE ISABEL LA CATÓLICA acabad con los nietos de Boabdil ¡VIVA ESPAÑA!»²³. Difícilmente se puede encontrar una retórica más cargada de historicismo, de la primera frase a la última. No fue muy distinto el tono con el que la prensa saludó la llegada del cuerpo expedicionario español a Veracruz: «Es enteramente imposible que nuestros soldados den un solo paso en el territorio de Méjico sin hallar en todas partes recuerdos de los españoles, de los soldados de Hernán Cortés, antepasados suyos»²⁴

La presencia de imágenes de México (véase gráfico 1) fue en estos años, como cabría esperar de un imaginario como el descrito, realmente numerosa, especialmente en los inicios de la década de los 60. Bien es cierto que hubo también en esta proliferación de imágenes mexicanas factores claramente coyunturales, como la expedición de Prim o la entronización de Maximiliano y la posterior guerra civil. La llegada a México, en 1862, de un cuerpo expedicionario español, dentro de la intervención europea por el problema del pago de la deuda, atrajo la atención de los españoles sobre México, a la vez que el envío de nuevos dibujos por algunos de los militares que acompañaron al general catalán permitió aumentar el número de imágenes disponibles²⁵. Mientras que la coronación de Maximiliano y la posterior guerra entre los partidarios del nuevo emperador y el presi-

²² Eric J. HOBBSBAWM, *Nations and nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

²³ *El Mundo Pintoresco*, Madrid, 1869, p. 337.

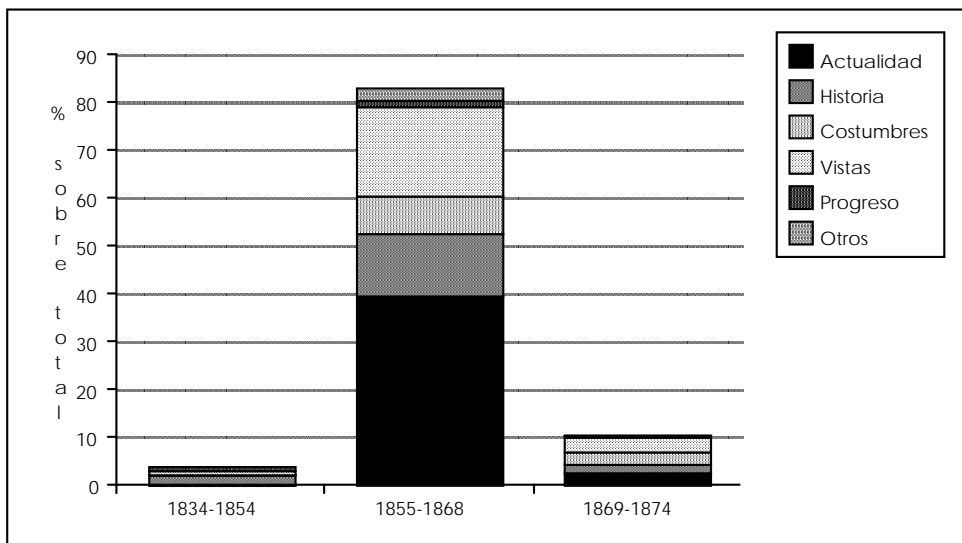
²⁴ Florencio JARNER, «Méjico y su territorio», *El Museo Universal*, Madrid, 1862, p. 110.

²⁵ De hecho fue la revista *El Mundo Militar* una de las que más imágenes sobre México incluyó en sus números durante este periodo. Pero incluso en alguna de las reproducidas en otras revistas se especifica que fueron dibujadas por militares de la expedición española. Así, por ejemplo, del grabado «India de Veracruz», reproducido por *El Museo Universal*, 1863, p. 101, se nos dice que fue dibujado por el capitán del regimiento de Nápoles Alfonso Calderón.

dente Juárez convirtieron a México en uno de los centros de atención de la opinión pública europea, no sólo de la española.

Un análisis más detenido de las imágenes de las revistas españolas da algunas claves interesantes sobre lo que México significó en el imaginario español durante un periodo que, como ya se ha dicho anteriormente, fue decisivo en la construcción de una identidad nacional española y, por lo tanto, en la configuración de la imagen del mundo que esta comunidad nacional va a generar.

GRÁFICO 3
IMÁGENES DE MÉXICO EN LA PRENSA ESPAÑOLA, POR TEMAS.



La mayoría de las imágenes (véase gráfico 3) hacen referencia a temas de actualidad, en particular los referidos a la intervención francesa y la guerra civil entre juaristas y partidarios de Maximiliano. Las clases medias españolas de la época vieron representaciones, tanto de los episodios y escenarios bélicos más importantes (desde la batalla de Puebla a la derrota final de Maximiliano en Querétaro), como de los principales protagonistas del conflicto (Maximiliano, Juárez, Almonte, Mejía, Miramón, Robles, González Ortega, Lorencez, Doblado, Bezaine, etc.), lo que nos indicaría hasta qué punto el conflicto fue vivido como algo próximo y cercano. Hay, además, una implicación moral, no es una guerra lejana y exótica sino una guerra en la que se toma partido. Y me estoy refiriendo obviamente al plano de lo imaginario. Es claramente perceptible un sentimiento de simpatía, generalizado, hacia Maximiliano, nada extraño si consideramos tanto los prolegómenos del con-

flicto, con la intervención de Prim, como el claro posicionamiento de la colonia española en México a favor de los conservadores²⁶. Sin olvidarnos, y no es un asunto menor, de la tradicional hispanofilia de los conservadores mexicanos, mucho más cercanos a la idea de una comunidad espiritual hispánica que los, en general, hispanóforos liberales. Esta mayor cercanía al imaginario español de los conservadores mexicanos podría explicar el favorable posicionamiento hacia ellos de la mayoría de las revistas ilustradas españolas. Así, por poner algunos ejemplos, *El Periódico Ilustrado* acompaña un retrato de Maximiliano con el siguiente texto:

El emperador de Méjico, Fernando Maximiliano, a quien hoy deben cinco millones de parias indios el título de ciudadanos²⁷;

y otro, a doble página, titulado «Combate entre mejicanos y franceses», de un comentario tan poco equívoco como éste:

El presente grabado representa uno de los últimos combates verificados en Méjico, entre las tropas francesas y los partidarios de Juárez. Afortunadamente estas sangrientas escenas, estos encarnizados combates han cesado; y la prudencia, el talento, la marcha política eminentemente liberal y conciliadora del emperador Maximiliano, va cicatrizando poco a poco las profundas heridas que la guerra ha causado. Abrigamos la lisonjera esperanza de que antes de mucho tiempo Méjico será un imperio rico y floreciente, y que extinguidos los odios que la guerra civil ha suscitado, volverá a su antiguo esplendor, cobrando nueva animación y nueva vida su industria y su comercio, paralizados durante una lucha fratricida, que tantos desastres ha causado por espacio de algunos años²⁸.

Significativo resulta también que la única imagen referida a la construcción de ferrocarriles en México, símbolo por antonomasia del progreso de las naciones en el siglo XIX, en la prensa española de este periodo sea una del mismo *El Periódico Ilustrado*, «Caminos de hierro de Veracruz a México», representando la estación de Tejería, en la que son claramente visibles los uniformes de la legión extranjera francesa. El texto que acompaña el grabado deja pocas dudas con respecto a quién se debe atribuir el mérito en la construcción de la importante vía férrea Veracruz-México y, por lo tanto, de encaminar a México, por fin, por la vía del progreso:

Antes de la expedición anglo-franco-española, los convoyes no avanzaban sino con una dificultad extrema; eran necesarios cuatro días, en el mes de agosto de

²⁶ Esto es más importante de lo que parece ya que en muchos casos eran miembros de esta colonia los que escribían los artículos que se publicaban en España, suponemos que también elegían y encargaban las ilustraciones que los acompañaban. Niceto Zamacois, por ejemplo, residente durante muchos años en México, es una firma habitual en las revistas españolas de finales de la década de los 50.

²⁷ *El Periódico Ilustrado*, Madrid, 1865, p. 168.

²⁸ *Ibidem*, pp. 300-301.

1862, para trasladarse desde Tejería a la Soledad; además los hombres destinados a operar en el interior caminaban penosamente a lo largo de las costas, expuestos continuamente a la fiebre amarilla, a la disenteria y al tífus; así que fue de absoluta necesidad poner un remedio pronto para poder arrancarles a la influencia de un clima tan asesino.

Una línea férrea se comenzó de Veracruz a la Soledad, y seiscientos obreros fueron empleados bajo la protección de la legión extranjera. En el mes de abril de 1863, 9.100 metros cúbicos de terraplenes estaban terminados y colocadas las vías sobre 4.200 metros de longitud [...]. Hoy llegan ya hasta México²⁹.

En este mismo grupo de actualidad política mexicana se podrían incluir los numerosos grabados sobre la presencia de las tropas españolas en Veracruz, primero a las órdenes de Gasset y después a las de Prim («Desembarco de la primera división del ejército español, al mando del general Gasset, en Veracruz»³⁰; «Salida del General Prim del puerto de la Habana, con dirección hacia Veracruz»³¹). Aunque en este caso con un componente de crónica periodístico-militar que los aleja un tanto de la perspectiva aquí analizada.

El segundo tema en importancia, y aquí la influencia de la cultura romántica europea, especialmente francesa, debió de ser determinante, es el que tiene que ver con México como un país pintoresco y exótico, reflejado en representaciones de costumbres extrañas y vistas de una naturaleza completamente ajena a la europea. Es el México romántico que los viajeros europeos y norteamericanos habían comenzado a construir desde los inicios del siglo XIX y que las revistas españolas reflejan también con absoluta fidelidad, el de los tipos populares («Serenos mejicanos»³²; «Tipo mejicano, el arriero»³³), los paisajes grandiosos («Barranco de San Miguel entre Córdoba y Orizaba»³⁴; «Vista del desfiladero y vado de Río-Frío, en el camino de Veracruz a Méjico»³⁵), los indígenas miserables («Méjico. India de Veracruz»³⁶) y las costumbres exóticas («Riñas de gallos en el Parral, estado de Chihuahua»³⁷). Aunque a veces también este México pintoresco se relaciona con lo español, no olvidemos que en el universo de la cultura romántica España fue también un país pintoresco y exótico, y así, por ejemplo, el anterior grabado de la pelea de gallos en Chihuahua va acompañado de un texto en el que se dice que «hay allí como en todo el continente sur-americano una especie de frenesí por lo

²⁹ *El Periódico Ilustrado*, Madrid, 1865, p. 97.

³⁰ *El Mundo Militar*, Madrid, 1862, p. 41.

³¹ *Ibidem*, p. 49.

³² *El Museo Universal*, Madrid, 1866, p. 304.

³³ *El Mundo Militar*, Madrid, 1862, p. 112.

³⁴ *El Museo Universal*, Madrid, 1863, p. 92.

³⁵ *El Mundo Militar*, Madrid, 1862, p. 108.

³⁶ *El Museo Universal*, Madrid, 1863, pp. 101 y 103.

³⁷ *El Globo Ilustrado*, Madrid, 1866, p. 385.

que aquí llamamos peleas de gallos, que por más exagerada y vehemente que sea esta afición, no es posible negar que es una herencia de sus conquistadores».

El tercer tema en importancia es la historia, especialmente aquella que hace referencia a la presencia española en México. Es este un aspecto que, aunque se limita continuar el proceso iniciado en el periodo anterior de construcción de un imperio imaginario, tiene una gran relevancia ideológica ya que echa las bases, de manera más clara, de la retórica de la hispanidad³⁸ que tanta importancia tendrá en la política exterior española, y también latinoamericana³⁹, de finales del siglo XIX y buena parte del XX. La construcción de un imaginario panhispanista o hispanoamericanista en el que las naciones hispanoamericanas son imaginadas como una comunidad de raza, lengua y cultura, forjada por la historia —y esto en el pensamiento romántico es una nación—, tiene aquí uno de sus primeros reflejos. Más del 9% de las imágenes reproducidas por las revistas españolas en este periodo sobre México hacen referencia, directa o indirecta, al pasado de México (véase gráfico 3), prácticamente todas al pasado colonial. La imagen global podría resumirse en un país que había sido conquistado por los españoles («Vista del árbol llamado de la Noche Triste, en Méjico»⁴⁰) —no hay por cierto ninguna imagen que haga referencia a que se había independizado—, y en el que la huella de España y lo español era omnipresente: ciudades coloniales («Vista de Veracruz y San Juan de Ulua»⁴¹; «Méjico. Vista general de Puebla»⁴²; «Oajaca»⁴³),

³⁸ Para el auge del hispanoamericanismo en el liberalismo español de mediados del siglo XIX, véase Leoncio LÓPEZ-OCÓN CABRERA, «La América, crónica hispano-americana. Génesis y significación de una empresa americanista del liberalismo democrático español», *Quinto Centenario*, n.º 8, Madrid 1985, pp. 137-173.

³⁹ Numerosos estudios han destacado la importancia de la oposición entre hispanoamericanismo, impulsado por España, y panamericanismo, propiciado por los Estados Unidos, en la política internacional latinoamericana del cambio de siglo. No se ha insistido suficientemente, sin embargo, sobre el hecho de que se trata del enfrentamiento entre dos comunidades imaginarias e imaginadas. Para algunos análisis del conflicto hispanoamericanismo/panamericanismo véanse Mark J. van AKEN, *Pan-Hispanism. Its Origin and Development*, Berkeley, University of California, 1959; Genaro ESTRADA, *La doctrina Monroe y el fracaso de una conferencia panamericana en México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1959; Samuel INMAN GUY, *Problems in Pan Americanism*, Londres, George Allen and Unwin, 1926; Chester C. KAISER, «México en la Primera Conferencia Panamericana», *Historia Mexicana*, núm. 1, vol. XI, 41 (jul.-sep.), México DF, 1961, pp. 58-80; Teresa MAYA SOTOMAYOR, «Estados Unidos y el panamericanismo: el caso de la I Conferencia Internacional Americana (1889-1890)», *Historia Mexicana*, núm. 4, vol. XLV, 180 (abr.-jun.), México DF, 1996, pp. 759-782; Salvador MORALES, *Primera Conferencia Panamericana. Raíces del modelo hegemónico de integración*, México DF, Instituto Jorge L. Tamayo, 1994; Fernando ORTIZ, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, París, Librería de Paul Ollendorf, 1910; y Tomás PÉREZ VEJO, «La guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana», *Historia Mexicana*, núm. 2, vol. L, (198) (oct.-dic.), México DF, 2000, pp. 271-308.

⁴⁰ *El Mundo Militar*, Madrid, 1862, p. 320.

⁴¹ *El Museo Universal*, Madrid, 1862, p. 37.

⁴² *El Mundo Militar*, Madrid, 1863, p. 68.

⁴³ *La Abeja*, Barcelona, 1866, p. 14.

iglesias («Vista de la catedral de Méjico»⁴⁴) y palacios («Torre llamada de Hernán Cortés en Tepeaca»⁴⁵). Los textos no dejan ninguna duda sobre el sentido último de esta reproducción de edificios coloniales ni sobre la forma en que eran vistos. Y así, en 1857, podemos leer en una revista de Madrid, a propósito de la Ciudad de México, que «es una honrosa página de la historia monumental [...], cada templo, cada acueducto, cada colegio, es una hoja sublime que forma el más elocuente panegírico [...] libro a la vez que honroso para los mejicanos, glorioso para los españoles»⁴⁶. Tampoco dejan ninguna duda sobre la importancia que estas reproducciones tuvieron en la «construcción» de una mirada española sobre México. Veamos como ejemplo del peso de esta «construcción de la mirada» lo que un viajero español de estos años «ve» al llegar a Veracruz:

Al otro lado del Atlántico hay una ciudad famosa situada en las mismas playas por donde Hernán Cortés invadió el imperio poderoso de Moctezuma. Allí los conquistadores plantaron por primera vez el signo de nuestra civilización y de nuestras creencias, y llamaron Vera-Cruz a la población que en aquel sitio levantaron: allí fue donde el intrépido capitán, gloria de España, mandó quemar las naves [...] la vista no encuentra hoy más que restos de una grandeza perdida [...], sin embargo, es bella todavía esa ciudad arruinada, con sus blancas azoteas, sus calles tiradas a cordel, sus casas, del centro de cuyas fachadas se destaca el antiguo balcón español, sus iglesias del siglo XVI y sus recuerdos de pasada opulencia [...]. Vera-Cruz fue célebre como Cartago y como Tiro⁴⁷.

Hay casi una perfecta correspondencia, y no debiera extrañarnos, entre las imágenes de los grabados y lo que el viajero recién desembarcado «ve». Ve lo que su imaginario determina que vea: las referencias a Cortés, la ciudad colonial, los balcones españoles, las iglesias construidas por los conquistadores y la imagen general de una ciudad en la que no quedan «mas que restos de una grandeza perdida». España es omnipresente y el mundo era mejor en tiempos de su imperio. Tal como no se recatará en afirmar, de forma explícita, el ya citado Zamacois, quien define los 300 años de la colonia como la época de «una paz no interrumpida por tres siglos» con «un gobierno respetado y poderoso, abundante en recursos, lleno de fuerza moral y física»; frente a «gobiernos constituidos en medio de las revoluciones, como todos los que ha habido en Méjico desde su independencia, combatidos por una tormenta no bien han conjurado otra; obligados a mirar por su propia conservación siempre amenazada, luchando a brazo partido contra la marejada levantada por el soplo de las revoluciones, desconfiando de

⁴⁴ *El Mundo Militar*, Madrid, 1863, p. 9.

⁴⁵ *Ibidem*, 1862, p. 385.

⁴⁶ Niceto de ZAMACOIS, «México», *El Museo Universal*, Madrid, 1857, p. 97.

⁴⁷ «Veracruz y San Juan de Ulua», *El Museo Universal*, Madrid, 1862, p. 34.

todos, faltos de los recursos indispensables para acallar la grito de los descontentos y encarrilar a la nación por la senda de la tranquilidad y el progreso»⁴⁸.

No parece necesario precisar que un viajero norteamericano, por ejemplo, recién desembarcado en Veracruz no veía la misma ciudad, ni sacaba las mismas conclusiones. Era otro su imaginario y otro su juicio sobre los trescientos años de presencia española en América.

6. UNA ÉPOCA DE CRISIS: EL DESPERTAR DE UN IMPERIO IMAGINARIO

El periodo que va desde la revolución de 1868, «la Gloriosa», a la restauración borbónica en 1874 es, en muchos aspectos, una época de transición. Apenas aparecen revistas nuevas y desaparecen muchas de las que existían anteriormente. Hay que destacar, sin embargo, el nacimiento de *La Ilustración Española y Americana*, continuación de *El Museo Universal*, que será decisiva en la configuración de un imaginario español sobre América. Ya el propio proyecto de una revista de ámbito hispanoamericano, aunque más hispano que americano habría que precisar, introduce una perspectiva que merecería un estudio pormenorizado, que abarcase toda la vida de la revista.

El fin de los sueños de la Unión Liberal va acompañado de un repliegue del país sobre sí mismo, con una reducción radical del número de grabados y litografías sobre América. Por lo que se refiere a México, no sólo pierde importancia relativa, claramente desplazado por Cuba en número de ilustraciones; sino que su imagen sufre también importantes modificaciones. La menor virulencia de la vida política mexicana la hace, obviamente, menos atractiva. Las imágenes de actualidad remiten a una sociedad estable, con una vida social y política «normal» y en la que únicamente la figura de Juárez parece tener un carácter épico. Según *La Ilustración Española y Americana*, el presidente zapoteco no sólo era un indígena que había logrado escapar a su destino de servidumbre, sino incluso un profeta capaz de salvar a México y a la misma raza latina de su postración y decadencia:

Existe en el orden social un fenómeno, en el cual no han parado suficientemente la atención los filósofos e historiadores. Queremos hablar de la decadencia de ciertas razas [...]. Conocido es el estado de postración, de abatimiento, de atonía moral en que yace la raza latina, que en un tiempo no remoto fijó su vigorosa planta en el continente americano, dejando en él una huella imborrable. Sólo las continuas inmigraciones, el cruzamiento con los pueblos de Europa y aun con las tribus indígenas la han salvado hasta ahora de una ruina inevitable. En los países en que, como Méjico, la inmigración ha sido escasa y el cruzamiento casi nulo, la decadencia es todavía mayor, el desorden profundo y la relajación de costumbres espantosa. Pues bien; en medio de este caos social y

⁴⁸ ZAMACOIS [46], p. 114.

político, cuando todo el mundo veía próxima a desaparecer la que fue en un tiempo Nueva España, hoy República de Méjico, cuando los gobiernos de Europa, cual hambrientos cuervos, se aprestaban a caer sobre el cadáver de aquel pueblo desgraciado, un hombre se presenta, modesto, virtuoso, justiciero, de recto juicio e inteligencia no vulgar, severo como Catón e impetuoso como Espartaco, uniendo la energía y la prudencia, adornado, en fin, de todas las raras cualidades que distinguen al iniciador. Este hombre salía del pueblo conquistado, de la raza sometida; este hombre era un indio. ¿Por qué misterioso prodigio de la naturaleza, el pensamiento civilizador había ido a encarnarse en un individuo nacido y criado para la servidumbre?⁴⁹.

Resulta sorprendente el cambio: el paso de la simpatía por Maximiliano a esta exaltación juarista.

Pero lo más interesante de este periodo es la pérdida de una mirada específicamente española sobre México y la recuperación, relativa, de una mirada europea «normal», la construida por los viajeros románticos del siglo XIX. México ya no es, o lo es menos, la nación de pasado colonial en que la herencia española era omnipresente. Se define de forma muy precisa como un país exótico de costumbres y paisajes pintorescos. El país de los recolectores de pulque («Méjico. Recolección del pulque, bebida ritual del indio»⁵⁰); de los mercados abigarrados, perfectamente reflejados en el texto que acompaña un grabado del mercado del Puente de Roldán⁵¹, una especie de antología del costumbrismo pintoresco:

Está situado al pie del convento de la Merced y atravesado por el canal de la Viga, cuyas aguas tranquilas surcan innumerables barquichuelas [...]. La escena en las horas de venta se halla singularmente animada por el contraste que ofrece una muchedumbre compuesta de criollos, indios, extranjeros, mendigos, propietarios, cargadores, soldados, frailes, muleros, floreras, criadas, chinas y curiosos. Véanse allí hábitos de todas las órdenes monásticas, levitas negras y verdes, chaquetones de pieles, uniformes, mantas y andrajos;

de los aguadores, tan distintos a los de España:

Sólo en el líquido que vende se asemeja el aguador de Méjico a los robustos hijos de Pelayo⁵² que en Madrid ejercen este oficio. El aguador mejicano va vestido con un saco de cuero, lleva un pantalón anchísimo y su enorme cántaro

⁴⁹ Este texto acompaña a un grabado de Juárez, *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 1871, p. 433.

⁵⁰ *El Museo Universal*, Madrid, 1869, p. 24.

⁵¹ *Ibidem*, p. 301.

⁵² Los aguadores madrileños del siglo XIX eran en su inmensa mayoría originarios de Asturias, de aquí la denominación de hijos de Pelayo, el fundador de la monarquía asturiana.

de barro colorado, o chochocol, de forma completamente esférica no le ocupa los brazos. Este cántaro se halla sujeto a la frente por una correa⁵³;

y de la naturaleza salvaje de las tierras vírgenes de los trópicos («Volcanes de Colima»⁵⁴). La desaparición de las ambiciones imperiales, por espirituales que estas fuesen, convierte en obsoleta la existencia de una mirada propia sobre México.

8. CONCLUSIÓN

En el espacio que va de 1834 a 1874 las revistas ilustradas españolas fueron dibujando, imagen tras imagen, número tras número, un mapa mental de los territorios que habían formado el antiguo virreinato de la Nueva España. Una imagen deformada, con un mundo familiar de ciudades españolas y habitado por gentes de raza, lengua y cultura españolas. Un mundo en el que lo extraño, lo exótico, apenas se deja ver y que va apareciendo con una gran lentitud y, sobre todo, no de manera lineal. La Restauración, de hecho, fuera ya del ámbito de este estudio, recuperará nuevamente esa mirada familiar, de mundo cercano y conocido. Sin embargo, deformado o no, éste es el México que las clases medias españolas de los tres primeros cuartos del siglo XIX vieron y vivieron como real.

Pero la conclusión más interesante de este análisis, y sobre la que sería necesario extenderse más de lo que aquí se va a hacer, por motivos de espacio, es la de que existe una mirada específicamente española sobre México; que, aunque influenciado por el de otras miradas europeas (exotismo, trópicos, etc.), el México del imaginario español conserva algo de familiar, de cercano, y que esto es, en definitiva, al margen de su mayor o menor realidad, lo que las clases medias españolas vieron de un mundo del que, en la mayoría de los casos, nunca tuvieron otra imagen que la transmitida por los grabados y litografías de las revistas. Era, por lo tanto, el México realmente existente. Una imagen de México que tuvo importantes implicaciones políticas y que está, sin duda, como ya se ha dicho, detrás de la retórica del hispanoamericanismo que tanta importancia tendría en la política exterior española de finales del siglo XIX y principios del XX. La existencia en una comunidad hispanoamericana de naciones descansa, como la de cualquier otra comunidad imaginada, en la fe en un relato de origen, en este caso contado en imágenes.

El último aspecto que habría que resaltar, y que explica muchas de las peculiaridades de la mirada española sobre México, es el del imperialismo imaginario, del que ya se ha hablado. La construcción de la nación española utilizó, desde

⁵³ Es el texto que acompaña a un grabado titulado «Aguador mejicano», *El Museo Universal*, Madrid, 1869, p. 308.

⁵⁴ *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 1870, p. 52.

muy pronto, la imagen de un glorioso pasado imperial como rasgo distintivo de nacionalidad. En el siglo XIX, ante la imposibilidad de mantener una trayectoria imperialista, en un momento en que las grandes potencias europeas aceleran su proyección colonial, esta imagen toma un claro matiz de reivindicación histórica, de exaltación de un pasado glorioso del que sentirse orgullosos y con el que identificarse. Y es este aspecto el que la mirada historicista sobre México, y sobre América en general, intenta resaltar. La presencia, histórica, de España en México se convirtió así en una confirmación de la propia esencialidad del ser español. Era mucho más que un problema de imperialismo, era un problema de identidad nacional y bajo esta perspectiva debe de ser visto y analizado.

An analysis of images of Mexico in the Spanish illustrated magazines from 1834 to 1874. After a theoretical reflection on the possibilities of the use of Nineteenth century illustrated magazines in the reconstruction of collective imagery, statistical and iconographic methods are used to reconstruct the main characteristic features of Spanish imagery about Mexico, the way it was built and the meaning it had at the time.

KEY WORDS: *History, Nineteenth century, Mexico, Spain, imagery, press, imperialism.*
